



**Pueblo
sangre y
canto**

Publicación del Frente Cultural

**pueblo
sangre y
canto**

Publicación del Frente Cultural

El pueblo haciendo una revolución que cuesta ya más de tres mil muertos. La realidad insultante de una agresión armada de Estados Unidos. Los intelectuales y artistas dominicanos tienen que decir presente.

Presente, pues, junto y dentro del pueblo en su combate heroico. Presente, pues, junto y dentro del grito de protesta que, de un confín a otro del país y del mundo, ha condenado la agresión norteamericana contra la Soberanía Nacional y el derecho de Autodeterminación del pueblo dominicano.

Este grupo no seleccionado de trabajos de arte es una pequeña parte de la labor de los intelectuales y artistas durante la Revolución Constitucionalista.

El título de este grupo de trabajos, sin embargo, podrá abarcar en el futuro las obras que surjan del fragor de este combate definitivo del pueblo dominicano por la conquista de su libertad y de su justicia social, por la conquista de su Democracia.

DECLARACION DE LOS ARTISTAS

El arte vive dentro de un compromiso contraído ineludiblemente con la sociedad y el tiempo que lo crean. Los artistas dominicanos, conscientes en todo momento de esta responsabilidad, hemos participado en la lucha desarrollada heroicamente por el pueblo de la República Dominicana. Y seguimos participando en su firme decisión de mantener en la mesa de conferencias los principios fundamentales de esta lucha.

El arte, integrado como actividad colateral a la lucha armada, ha constituido una fuente de impulso al espíritu indomable que mantuvo en la trinchera vivo el heroísmo e inagotable la fuerza.

Nuestra sociedad es ésta y este es nuestro tiempo. Los artistas no hemos vacilado en acatar este designio histórico y, yendo más allá, realizamos aportes de inestimable valor al martirologio de la Revolución.

Hoy, cuando se busca por los caminos de la paz la solución al conflicto que llevó al pueblo a las armas, consideramos un deber ineludible alzar nuestras voces para que el mundo sepa que hemos estado junto al pueblo y que como siempre estaremos dispuestos a combatir con el arte como arma y escudo.

Los artistas dominicanos hemos padecido con indignación en la sangre el atropello incalificable contra la Soberanía Nacional que una potencia extranjera, por la razón de su fuerza, ha perpetrado contra la República.

Y en defensa de esa Soberanía nos lanzamos al combate.

Los artistas dominicanos hemos visto con amargas lágrimas en los ojos el asiento descarado de la tropa extranjera para consumir la violación flagrante no sólo a la Soberanía Nacional sino a la Libre Determinación que como pueblo tiene la Patria muy bien ganada.

Y en defensa de esa Soberanía y de ese inalienable derecho de autodeterminación estamos dispuestos a seguir combatiendo en los campos honrosos de la negociación.

Hemos cumplido con nuestro deber. Seguiremos cumpliendo con nuestro deber. Porque el arte, cuando no es fiel expresión de las agonías y de las esperanzas del pueblo que a través de su propia existencia lo sugiere, abandona por completo su raíz esencialmente humana y humanista.

Los artistas dominicanos, conscientes de haber cumplido con nuestro deber y conscientes también de la autoridad y responsabilidad que debemos asumir en estos momentos, no vacilamos en ofrecer al Gobierno Constitucional de la República un amplio voto de apoyo y reconocimiento, tanto por su posición en las horas dramáticas de la guerra como por su posición en los momentos difíciles de las negociaciones pacíficas.

Presente, pues, hemos dicho los artistas en esta lucha de los hombres de la República Dominicana por la libertad, por la justicia social, por la Democracia.

En Santo Domingo, a 4 de Julio,
Domingo. República Dominicana.

ODA GRIS POR EL SOLDADO INVASOR.

Venido de la noche,
quizás de lo más negro de la noche,
un hombre con pupilas de piedra calcinada
anda por las orillas de la noche...
De oscuro plomo el pie y hasta los besos
viene del vientre lóbrego de un águila

que parirá gusanos y esqueletos
para llenar su mar, su territorio...
Y aquí está, saltando por las sombras,
por detrás de alambradas y del miedo,
recorriendo caminos enlodados
con palabras de sangre para todos...
Este hombre venido por el luto
con pólvora y martirio para todos...
No es uno solamente para el llanto,
son miles para el fuego y las tinieblas,
son miles repartiendo los sollozos,
marchando a la ceniza y los lamentos...
No es uno solamente, pero todos,
venidos de la sombra más enferma...
Este hombre destruye con sus botas
la rosa y la sonrisa de los niños,
se traga nuestra luz con su saliva,
destroza las raíces y los frutos
y esparce las espinas para hacernos
sangrar hasta los pies de dulce carne...
Hay un hombre venido de la noche
con fusil y puñales y tormentos,
con ojos de lagarto y llamaradas,
con humo y explosiones y con miedo...
Hay un hombre vestido de soldado
venido ciertamente de la sombra...
Y este hombre vestido para el crimen
no sabe que la sangre se endurece,
no piensa que el amor y las banderas
resisten más allá de las batallas,
no entiende que su pólvora y su plomo
servirán para el canto de otros hombres...
No comprende este hombre sin mirada
que la mano, matando, se le quema,
que, sobre la tragedia, la alborada
borrará su agria carne, su estatura
de animal entrenado para el fuego
y el musgo nacerá sobre su muerte...

René Del Risco y Bermúdez

Junio 1965

CANTO A SANTO DOMINGO VERTICAL

Abelardo Vicioso

Ciudad que ha sido armada para ganar la gloria,
Santo Domingo, digna fortaleza del alba,
hoy moran en mi alma todas las alegrías
al presenciar tus calles conmovidas y claras,
el rostro erguido y bronca la voz de tu trinchera:
¡Yanqui, vuelve a tu casa!

Sé que para engullirte como sardina rondan
treinta y seis tiburones en tu ardiente ensenada,
celosos de los hombres que construyen la vida
y nunca se arrodillan en sus grandes batallas.
Y tú estarás de pie, diciendo al enemigo:
¡Yanqui, vuelve a tu casa!

El cinturón de fuego que tu vientre comprime
puede volver cenizas la vastedad del mapa.
Pero quiero decirte, guardiana de mis sueños,
que todos sus infiernos y sus hambres se apagan
en el océano inmenso de los pueblos que gritan:
¡Yanqui, vuelve a tu casa!

Quiero que sepas hoy que te amo más que nunca,
corazón de la vida que prefiere la Patria.
Que a todos los amores sembrados en el mundo
quito una flor y es poco para cantar tu hazaña.

Nunca te había visto tan hermosa diciendo:
¡Yanqui, vuelve a tu casa!

Tú estarás para siempre dibujada en mi pecho
de marinero en ruta tras la estrella del alba.
Tu voz será la música de mis noches de fiesta.
Y cuando en algún sitio la luna esté apagada,
desplegando mis velas repetiré contigo:
¡Yanqui, vuelve a tu casa!
¡Vuelve a tu casa, yanqui! Santo Domingo tiene
más ganas de morirse que de verse a tus plantas.
Y si violas sus calles combatientes y puras
la tendrá en cenizas, pero nunca entregada.
En medio del silencio de la ciudad hundida
gritarán los escombros: ¡Yanqui, vuelve a tu casa!

Junio de 1965.

CANTO DE AMOR A LA CIUDAD HERIDA

Abelardo Vicioso

La ciudad no se asoma ya más a las vidrieras
ni habla sobre beisbol en las cafeterías.
La ciudad está herida por los cuatro costados.

Los elegantes barrios beben un vino lleno
de pus amarga y en las chozas humildes
el terror se dibuja sobre el rostro del hambre.

Por el Ozama bajan cuerpos de la esperanza
sin que sea el tiempo justo para una dulce muerte
y el mar es una línea flotante de cañones
apuntando directamente al corazón.

Ah, el corazón de la ciudad latiendo
a ritmo universal, el corazón
herido, acorralado por los canes de presa
que juegan por el mundo con la cola encendida
en un triste pentágono de fuego.

Y todo porque el hombre quiere tener los labios
cerca del pan, y todo porque el hombre
quiere ver las vidrieras más hermosas que nunca
y decir "buenas tardes" al amigo que pasa
y enamorar la brisa con palabras distintas
arrebataadas al dolor.

Esto ya no se puede pedir en una isla
de azúcar que amamanta los lobos extranjeros
sin que enseguida lluevan sobre sus calles puras
los plomos a raudales.

Pero ya vendrá el día del amor. No lo dudes,
amada mía, esposa mía, leve
flor asustada en gestación de polen.
Ya vendrá el día en que los huracanes
populares detengan la agonía
de un país que rechaza la noche con destreza.

El corazón de la ciudad no cesa
de latir, y a su ritmo van creciendo
los vientos que conducen a la aurora.

La ciudad ha poblado de luces el planeta
y en sus patios revientan semillas de esperanza
para la patria herida en primavera.

Julio de 1965.

CANTO A JACQUES Y A LOS OTROS

Juan José Ayuso

Pasa Jacques Viau montado en una estrella
junto a los helicópteros por el cielo invadido.
Cruza Jacques Viau montado en una estrella
el cielo de su Patria hacia el Oriente
llegando de su Patria en Occidente.

Junto a Jacques van también los otros conocidos,
los otros ignorados.
Junto a Jacques un tropel de jinetes
sobre estrellas criollas,
sobre estrellas haitianas,
y españolas,

sobre estrellas francesas
e italianas.
Un tropel de jinetes
entre los helicópteros por el cielo invadido.

(Abajo están las tumbas
y las ruínas.
Abajo está el silencio convirtiéndose en grito)

Junto a Jacques Viau
Fernández Amarillo,
Juan Miguel Verde-y-Negro, Jiménez y Morillo,
Luis Reyes Transparente y Yolanda,
El francés rojo-blanco y azul como los cielos,
Capocci blanco-verde y con sangre de pueblos.

Junto a Jacques van los otros conocidos,
los otros ignorados.
Es un tropel muy largo y muy amargo
de hombres más que hombres sobre estrellas
cruzando para siempre entre helicópteros.

Pero Jacques va delante.
Su canción va delante.
Sus piernas que no fueron mutiladas
van delante.
Todo él va delante
entre helicópteros
montado en una estrella,
abriendo un surco claro para que el sueño quepa.

Pasa Jacques Viau montado en una estrella
y abajo nadie duerme,
ni los niños.
Y abajo nadie duerme.
Todos están despiertos.
Todos miran a Jacques cruzar rumbo al Oriente
por el cielo,
la tierra
y el hombre
invadidos,
entre los helicópteros.

JORNADA DE ABRIL.

Por Rafael Astacio Hernández

Como aurora recién venida
desde el más puro sudor
y desde la sangre misma del pueblo,
emerge centelleante como luz singular
colmada de cantos
la fraternal victoria del pueblo.

Sí, el venticuatro de Abril,
el venticuatro de Abril extrovertido
llegó seguro, estable, con fusiles y cantos
y amables corolas
empolvadas con justiciera pólvora;
llegó con negros y marchitos presagios
para los tráfugas vampiros
y estranguladores del pueblo,
el venticuatro de Abril
llegó preñado de propicias y útiles conquistas
para los que sólo tienen el sol y la lluvia
y sus propias lágrimas
y hambre reventadas hacia adentro;
en fin, el venticuatro de Abril
llegó como tenía que venir
prometedor y amoroso para con los humildes,
y certero como un rayo caído medio a medio
en el mismo corazón de los traidores a la Patria.
Pero, los enemigos del pueblo,

los enemigos del bien,
los de siempre, éstos,
los que sólo conocen y aman
la oscura y sucia patria del "Dólar" mal habido,
esos, los que del asesinato, del odio,
y del whisky con fullería
traído de ultramar
hacen su endemoniada virtud,
esos dijeron: nó,
dijeron nó a la victoria,
atrás el avance y la libertad del pueblo,
y en nombre del fementido anticomunismo,
con sed de sangre y más sangre
para alimentar sus mezquinos cuerpos
atacaron al pueblo,
y aviones y metralhas y bombas y barcos
y cañones y tanques y granadas y morteros
cayendo sobre los niños y mujeres y ancianos
y todo el pueblo indefenso,
hicieron infernal orquestación de muertos;
pero no bastaron la metralha, los aviones,
los barcos, las bombas, los tanques y morteros,
porque la lucha y la guerra
no eran tan sólo de los militares constitucionalistas,
porque eran una lucha y una guerra de todo el pueblo,
y la victoria fue para el ejército del pueblo.

Derrotados e insatisfechos de fuego
y sangre y plomo,
dijeron nó, los blasfemos mercenarios
y asesinos de la Patria,
y pidieron los barcos y cañones
y paracaidistas y marinos extranjeros,
y pidieron la intervención extranjera;
y sobre un río de sangre
y una opípara mesa de cadáveres
entregaron la Patria desgarrada a los marinos
y paracaidistas del poderoso imperio del Norte.

Pero el pueblo victorioso y alerta,
viril y puro, fusil en mano,
en pié de redoblada guerra
dijo y dice, atrás al ejército invasor,
atrás Norteamericanos,
Santo Domingo libre para los dominicanos!
Junio 30, 1965.

¡NI UN PASO ATRAS!

Pedro Mir

Arbol de luna que obedece al clima
en un sistema de nocturnidad,
no permitas que el muérdago te oprima.
Ni un paso atrás.

No permitas que el largo regimiento
de los años de crimen pertinaz,
te toque el hombro con el pensamiento.
Ni un paso atrás.

Que la alta flor que de tus ramas brota
en este chapuzón de libertad,
no pierda en miel ni la más breve gota.
Ni un paso atrás.

Ni un paso atrás, soldados y civiles
hermanados de pronto en la verdad.
La vida es una sobre los fusiles,
que no hay trincheras para los reptiles,
de malos nuestros a extranjeros viles.
Ni un paso atrás.

La libertad como un antiguo espejo
roto en la luz, se multiplica más,
y cada vez que un trozo da un reflejo
el tiempo nuevo le repite al viejo:
ni un paso atrás.

Ni un paso atrás, ni un paso atrás, ni un paso
de retorno al ayer, ni la mitad
de un paso en el sentido del ocaso,
ni un paso atrás.

Que en la lucha del pueblo se confirme
—sangre y sudor— la nacionalidad.
Y pecho al plomo y la conciencia en firme.
Y en cada corazón ni un paso atrás.

Santo Domingo. Mayo de 1965.

DIARIO DE GUERRA
(Funeral del Poeta Combatiente)
Miguel Alfonseca

Lunes 21 de Julio.
8:00 A.M.

Un grupo de personas en sillas, sobre la acera, entrando y saliendo contritas, me señala el lugar. Antonio Lockward y Antonio Lenderborg están sentados silenciosos, mirando lejanamente. Lenderborg tiene los labios levemente apretados y los ojos rojos y brillantes. En silencio los saludo.

Lentamente avanzo, me detengo en el marco de la puerta, dos jóvenes armados velan en torno al ataúd, brillantes y cerinos bajo la luz de los cirios. Junto a las paredes, mujeres cabizbajas se pierden en el dolor profundo que las consume. Los padres a la derecha, miran encorvados el cuerpo presente.

Jacques parece dormir tranquilo dentro del estrecho ataúd negro. Su frente, sus cabellos, están secos y apagados. Sus grandes pestañas se juntan bajo los párpados haciendo parecer el sueño más profundo.

Rostro quieto, sin sudor, de gruesos labios acostumbrados a la palabra tierna, el diálogo reposado, el canto tenue, enmarcados por el bigote simple bajo la nariz que aspiró el aire y los olores de esta tierra.

No puedo avanzar más. No puedo acercarme hasta su lado y observarlo tranquilamente. Aquí, desde sus piernas, lo miro y desvío la mirada y vuelvo otra vez sobre su rostro joven, amado por todos.

Jacques parecía estar llorando siempre, sin estruendo ni lágrimas, con una tristeza indefinible que le daba su extrema sensibilidad. Siempre he pensado en esa mirada verde y amarilla que parecía entrecerrarse húmedamente.

La bandera dominicana, la bandera verdinegra, la bandera de Haití cubren su ataúd. "L'Union Fait la Force dice el escudo haitiano.

Rosas silvestres, blancas y rosadas, lirios de lánguidas corolas, empiezan a cubrir el pecho de mi hermano.

Sonia, la esposa del compañero Rafael Estévez, llora débil-

mente y aprieta su pañuelo sobre el rostro o lo deja suspenso en el aire como una banderilla mojada. Será madre, su hijo, desde el vientre, empieza a conocer el mundo al que vendrá. A su lado, Ana María y Rosita, están recostadas una de otra, agotadas de llanto. Ana María trata de ser fuerte, es la lucha, pero hubiera sido tan bello...

Chirrían los frenos de un auto: el Presidente Caamaño ha llegado; busca al padre de Jacques y ambos se confunden en un abrazo fuerte, como si apretándose desapareciera el dolor. Caamaño musita unas palabras en los oídos del hombre y la cabeza de Alfred Viau se derrumba sobre el hombro del Presidente, lanzando dos fuertes sollozos.

Salgo aturdido. Levanto la cabeza y tomo en una gran inspiración aire, como si estuviera asfixiándome.

¡Ancho cielo azul, terrible en tu extensión sobre la guerra!

¡Ancho cielo, remoto e inevitable sobre los muertos...!

Interpelo a Antonio Lockward.

—¿Cómo fué...?

—Complicación renal —responde— La úrea le subió a doscientos.

Quedamos sin hablar, el día comienza a ser tristísimo, de sol tenue, íntimo.

10:45 A.M.

La mayoría de las personas se desparraman en la calle, frente a la casa doliente. El ataúd asoma por encima de las cabezas y comienza a caminar entre dos largas hileras de combatientes armados.

Del mar se levanta una brisa salobre con olor a troncos y algas, cada vez más fuerte, que se cuelan entre los cuerpos, bate los cabellos, pone a zumbar las hojas de laureles y de álamos.

Suenan monocordes las zuelas, como un chapoteo.

Algunos de los que marchan levantan las cabezas, abstraídos, otros clavan las miradas en el asfalto gris o en las puntas de sus botas, los más miran el ataúd o hacia el frente, llenos de una tristeza limpia y profunda.

Los armados: rostros negros, mulatos, blancos y amarillos, rostros sombríos de la patria, donde la brisa barre el sudor y deposita briznas de polvo de los árboles.

El silencio ha empezado a cantar la partida en el corazón de todos con agua ardiente y salada, volandera.

La calle estrecha de asfalto oscuro, las aceras de cemento y de tierra de donde parten los árboles hacia el cielo, los enfilados

laureles a ambos lados de la avenida hasta donde la vista se cansa, su sombra de mil formas, móvil, sus frutillas rojas y las hue-llas de los picos de los pájaros; las gruesas paredes ancianas, grises, del cementerio; las hileras armadas flanqueando el ataúd cubierto de múltiples banderas, que parece reposadamente nave-gar en el aire, inclinándose hacia un lado y otro, sobre los hom-bros de compañeros haitianos y dominicanos, los hombros de la isla.

Y detrás... el llanto.

La pequeña casa con paredes de asbesto y tejado de zinc, si-tuada junto a una valla lateral del cementerio, entre yerbas, laure-les y pinos, frente al Parque Independencia, es la iglesia donde ahora ofician para Jacques.

El aire entra por las persianas de la pequeña iglesia, mueve la llama de los cirios y esparce el incienso al tiempo que una claridad plateada resbala por los rostros apretujados, resaltando las lágrimas y el sudor.

La yerba suave, dócil, salpicada de florecillas amarillas, cruje bajo las pisadas. Susurran los follajes de laureles y los pinos zumban como marea. El cielo es un agujero allá arriba, ilumina-do, lapislázuli.

Ha llegado el ataúd a su destino. El cementerio reducido, abigarrado de tumbas, con árboles frutales y el vuelo de las ci-guas, se llena con la muchedumbre.

Ahí está el nicho con su boca abierta, aguardando. Encima una vieja cruz de cemento me sirve de lugar para observarlo todo.

Bajar el ataúd, aprietan las banderas sobre él y lentamente lo introducen.

¡Jacques! ¡Están encerrándolo en ese lugar estrecho, oscuro y caluroso! ¡Su torso, su rostro, él, encerrado para siempre, ais-lado de los aromas del mundo, excluido a pesar de tanto amarlo!

Para mí sería mejor que su cuerpo desapareciera bajo el cielo, entre los aires y colores del mundo. Sería más noble inci-nerar a mi compañero con madera de los álamos, que tanto amó, hasta que se integrara al viento de la isla, libre su cuerpo en la muerte.

—Compañeros...

Es la voz enérgica de Antonio Lockward, la que habla...

...El compañero Jacques Viau que hoy hemos venido a en-terrar, cayó bajo el fuego de las tropas invasoras norteamerica-nas cuando combatía en el Comando B-3. ¿Cómo es posible que un escrito, un haitiano, se encontrara peleando en primera línea

en la República Dominicana...? Nadie en la sociedad puede evadirse al compromiso social, a su clase. Jacques Viau combatió por los trabajadores de Haití y Santo Domingo. Jacques Viau combatió como escritor y como haitiano en primera línea. Ha combatido por el nuevo Santo Domingo y por el nuevo Haití. Saquemos la convicción de combatir cada día más vigorosamente. Seguiremos su lucha... ¡Venceremos...

Quedan flotando las últimas palabras de Antonio, todo es un silencio, nadie sabe que hacer por un instante, entonces me decido:

—Compañeros... voy a leer algo breve que escribí esta mañana para Jacques. Me agarro de un brazo de la cruz y quedo con el cuerpo en el aire, mirando hacia la tumba. Mi voz sube, estentórea, mientras más fuerte sea más podré evitar el llanto.

RESPONSO PARA JACQUES VIAU RENAUD

Toda la isla para tí compañero.
Toda la tierra agridulce de los pueblos
para tí compañero.
Todos los hombres,
todas las mujeres,
todos los niños de las patrias
para tí compañero.

Derribado sobre el mundo
entre la pólvora y los gritos,
entre el llanto y los cantos libérrimos.

Compañero,
la yerba y los terrones,
los redondos álamos y los bosques,
la garganta de los ríos,
el clamor de los hombres,
para cantarte.
Los brazos potentes del pueblo,
para alzarte.
Las banderas de las islas
para ondear tu sonrisa
donde el amor derrota el tiempo.

Compañero,
la libertad desde tí
hacia nosotros,

en tus cantos y en tus huesos,
en tu corazón tranquilo
integrado al renacimiento,
a los hijos que vendrán
de las entrañas del pueblo.
Por siempre,
compañero.

Las vallas del cementerio han desaparecido, las casas y las calles, la ciudad ha desaparecido. Estamos en pleno corazón del bosque, rodeados de un cielo inmenso que nos presencia, inmersos en el principio puro de mundo.

Las ciudades, las metrópolis, las civilizaciones, han desaparecido. Estamos en el origen. No acontecen los metales ni los inventos del hombre, sólo aire, agua, fuego. Estamos en el nacimiento.

“Quisqueyanos valientes alcemos,
nuestro canto con viva emoción”.

El pequenísimo intervalo de silencio en el cual el tiempo desapareció, ha sido roto. Los hombres y mujeres cantan. Es el himno dominicano.

“Salve el pueblo, que intrépido y fuerte,
a la guerra a morir se lanzó,
cuando el bélico reto de muerte,
sus cadenas de esclavo rompió”.

Las vallas del cementerio de nuevo están ahí. Las casas y las calles, la ciudad, han retornado. El recinto es pequeño otra vez, inundado de una luz blanca que deslumbra al chocar sobre la cal de las cruces, muy blanca, espectral.

Las voces han callado y los árboles están inmóviles, misteriosos y húmedos, abovedados sobre el cementerio. El ritual se ha cumplido. No podrán quitarnos seso, que entonemos nuestro himno coronados de tristeza y decisión.

—No se vayan —dice alguien— los compañeros haitianos van a cantar el himno de su país.

Reducidos en número, compactos, empiezan:

“Pour le pays
pour le ancetres...”

Hombres jóvenes, enhiestos, madera inquebrantable, pedernal de la isla, cantan sin vociferar, enronquecidos por la emoción, cortando las estrofas al unísono, graves y profundos.

“Pour le drapeau,
pour la patrie,
mourir est beau...

Los ojos me estallan en llanto. Esos compañeros de Haití, hombres del mundo, de nuestro tiempo, saben morir sobre cualquier punto de la tierra porque el oprimido es el mismo dondequiera y el opresor también.

De un golpe, como un hachazo, las voces finalizan. La multitud se mueve y empieza a marcharse. Un grito desgarrado, sobrenatural, nos sobrecoje:

—¡Mon fils...! ¡Mon fils...!
Es el padre de Jacques que se despide de él...
El aire se carga de sollozos, la tierra recibe agua humana.

Casi todos los presentes se han marchado. Sonia está parada frente a la tumba, bajo un árbol pequeño; sus grandes ojos oscuros están sumidos en el asombro del dolor; la brisa mueve hebras de su frente y seca las mejillas mientras ella contempla a su esposo Rafael Estévez, quien abajado toma la mezcla de cemento con sus propias manos y la coloca sobre la entrada del nicho, acompañado de un albañil. Yo, sentado sobre mis piernas, colgando los brazos, apoyados los codos de la rodillas miro incansablemente, hipnotizado.

Las manos fuertes de Rafael toman cemento y lo arrojan, luego las palmas pasan sobre él, alisándolo con ternura sobre la boca del nicho... ¡Rafael que tanto amó a Jacques! Ahora lo despide, lanzándole cemento, tapiándolo...

¡Chas! ¡Chap! ¡Chas! ¡Chap! ¡Chap! ¡Chap!

A veces íbamos los domingos Jacques y yo a casa de Rafael y grabábamos nuestro poemas. Ahora esas grabaciones de Jacques son valiosas par anosotros.

¡Chas! ¡Chap! ¡Chas! ¡Chap! ¡Chap! ¡Chap!

Rafael toma una deshojada corola de rosa y la sujeta con cemento. Pétalos habrá en el duro rostro de la tumba de Jacques. Arriba un casco tiene dos letras en rojo: J. V.

El mediodía ha pasado, todo está muy quieto, irreal. ¿Qué mundo es éste...?

HEMOS LLEGADO A UN PUNTO

Máximo Avilés Blonda

Hemos llegado a un punto
en que la boca del fusil es la que habla.
Hemos llegado a un punto
en que la lengua del pueblo suena a bronce caliente.
Hemos llegado a un punto
en que el aliento del pueblo huele a pólvora.

Y dónde, nos preguntamos, en este punto,
están los tratados, las organizaciones internacionales,
las veneradas leyes y el respeto a los demás?
La codicia invadió nuestros predios con su muerte amarilla.
Y se levantaron tumbas en todos los rincones.

II

Eramos casi una isla con tristes habitantes
que crecían diariamente alimentando sueños,
criando su ganado de esperanzas.
Aldeas rumorosas habitaban sus valles,
dulces ríos tranquilos lamían su superficie.
Eramos casi una isla de tristes habitantes
pero llegamos al punto del bronce y de la pólvora.

III

Regresaba de la escuela aquella tarde,
traía un tibio olor a roble viejo,
reía con la risa de muchacho
y apacentaba mi ganado de esperanza.
Empezó todo con gran ruido metálico,
hombres con la digestión paralizada,
otros con hambre,
otros con alcohol, porque era sábado.
Las doce se marchaba en el reloj lejano,
las doce del persignarse de las viejas,
las doce del arroz del hombre de trabajo.
La vecina cruzó y me dijo la nueva.
Eramos casi una isla de tristes habitantes
y nos fuimos haciendo más heroicos de pronto.

HABRA UNA ISLA UN DÍA

Pedro Caro

Nadie que no sea joven habitará esta tierra
Jacques Viau.

Habrà una isla un día
repleta de mujeres y de niños gozosos,
donde el canto levante las espigas
y el odio no sea más
del hombre compañero.

Habrà una isla de todos,
para todos.
Una isla de amor
donde todos los niños
paseen sus mejillas en la lluvia,
alegremente sonreídos.

Bajo un tiempo de amor,
la isla se unirá.
Se abrirá para siempre
como una joven recién embarazada,
que espera el nacimiento de su hijo
robusto y lleno de contento.

Habrà una isla un día
ardientemente enamorada de sus hombres,
que le hablarán sencillamente
en un común lenguaje de amantes inexpertos.

Habrà una isla un día
de arados que penetren con dulzura
la tierra que le ama,
y coloquen semillas en su vientre
como coloca el hombre su semen milagroso.

Habrá una isla un día
igual para los negros,
igual para los blancos,
igual también para el mestizo
que aún le duele su origen
de razas que se cruzan.

Habrá una isla,
y habrá también un reluciente sol
bajo el cual trabajarán los hombres.
Unidos dulcemente en el común deseo
de poseer el canto.

Sin odio ya posible
la isla se unirá bajo un nuevo sistema,
bajo un tiempo de amor,
donde habrán niños y hombres
con maneras de amar de hijos y padre.

Muchachos que olvidarán el llanto.
Muchachas que amar n regocijadamente,
que aprenderán de nuevo bordando los pañuelos,
palabras que se dicen al oído con tímido recato.

Pero será un tiempo nuevo,
y ya no habrá más lágrimas,
y tendremos libertad para sufrir
por los que habían sufrido,
libertad de llorar
por los que habían llorado.

Libertad para amar
a las dulces muchachas
que se habían olvidado
de las suaves maneras,
y que en vano esperaban
el regreso imposible
a los tiempos del canto.

Habrá una isla, hermano,
una isla de amor para los negros,
una isla de amor para los blancos,
una isla de amor para el mestizo.

TERCERA ODA A WALT WHITMAN

Ramón Francisco

Mi muy estimado Walt:

Recordarás que he venido escribiéndote desde 1960.

Recordarás... Isla y despojo y llanto.

Recordarás que entonces denunciarnos la máscara,
la máscara asesina que aseniaba a la historia:
Vida y sudor detrás, y en esto, la República!
Quemantes sus productos, sus débiles productos
sosteniendo el vaivén de su agonía.

Te conté de sus hombres: rudos trbajadores.

Te conté mi temor por su exterminio.

Te conté la dura raza de América Latina,
su fatiga de sol a sol:

La rebelión, la rebelión, te dije, se avecina:
Nuestra es la tierra aprendimos sus hombres
y entre risas y foetes del bárbaro homicida
gritó Santo Domingo: Aquí, señor! Presente!

Esto lo que decía, Walt: Dominicanos!

Isla Santo Domingo! República! Presente!

La dura carabina sustituyó al machete.

Gruesas gotas de sangre del proyectil rodaron.

Isla! Isla Santo Domingo! Dominicanos! Presentes!
Y estos hombres empujan su ascenso a la alegría.

Quien, quien, levantó alevoso el orden que caía?
Mientras se cubre el cielo de balas asesinas
el gran eco responde: Revolución! Justicia!
Y las ratas se asustan desde los aposentos
y corren a esconderse como bestias heridas!:
Es el pueblo que pasa: Revolución! Reposición! Justicia!
Es el pueblo naciendo del vientre de la historia:
el parto del fusil... doloroso y sangriento...

América Latina clavó un hombre en mi tierra, Walt.
Vengo escribiendo... vengo escribiéndote desde 1960.
Desde azúcar y cobre y estaño se edifica esta gloria.
Yo quiero que tú prestes el nuevo juramento.
Del lado de nosotros desde tu rostro amplio
cunda tu testimonio en tan crujientes días:
Isla Santo Domingo! República! Presente!
Palmoteen a la luz las bestias moribundas,
que huyan ante el fusil despavoridas
mientras, tu rostro asome a América Latina
y marche con nosotros hacia la nueva vida.

Yo sé cuánto nos cuesta, viejo amigo Walt Whitman!
Tendida la emboscada en el nombre del miedo
pisotean tu rostro y acuchillan tu pecho:
42,000 puñales saltan sobre tus ojos
para que tú no veas la sin igual bravura.
De este lado del frente recogen tu cadáver
cuando caes cantando al lado de nosotros.
Quiénes son esos hombres? Quiénes tan amorosos
saltaron al combate en la primera línea
a proteger tu cuerpo, contra los proyectiles
fratricidas de tus compatriotas...?
Busco a tientas el casco: allí sus nombres distinguimos:
Jacques Viau, poeta! Ilio Capocci, hombre rana sumergido!
Fernández Domínguez, militar y patriota! Pedro,
Pedro Cadena, mártir y obrero de esta historia de azúcar,
y tantos otros más que apretaron el tiempo
entre sus duras manos combatientes...

Entonces te rebelas. Castañean tus dientes de furia decidida:
Siento que te levantas sobre las sábanas del viento:

Se oye llamar tu voz:

Roldán! —Aquí, señor! Enriquillo! —Presente!
Montesinos...! “Decid, con qué derecho
y con qué justicia tenéis en tan cruel
y horrible servidumbre a aquestos indios?
Con qué autoridad habéis hecho tan detestables guerras...
con muertes y estragos nunca oídos... a estas gentes
que estaban en sus tierras mansas y pacíficas...?”

El cielo de repente se cubre de metralla!
José Núñez de Cáceres! —Presente!
Duarte, Meila, Sánchez, Luperón! —Presente!
Aquí, señor! Presente! Presente! Aquí, señor!
Al invasar! A la insolencia: guerra!

Mi muy estimado Walt:
Te escribo desde el casco de esta vieja ciudad abatida.
Decid, con qué derecho y con qué justicia
nos hacen tan detestables guerras?
Con qué derecho y con qué justicia
hundieron cinco siglos de cruel y horrible servidumbre...?
Ah, oímos la canción que hinchaba músculos:
“Subí lo toma... ombe, volví y bajé... ombe,
me echán lo perro... ombe, de cas'e André... ombe...”
Sísifo, qué castigo!
La isla y sus braceros sostuvieron tu piedra!

Gran salmo de los usufructuarios, Walt. Dimos
nuestras cosas preciosas para entretener la vida.
Nobles europeos, nobles americanos, qué botín...!
Y después: “De la forma de obtener oro y plata
en los países donde no hay minas”.

Pero un día así estalla nuestra pequeña historia, Walt.
Caiga sobre estas piedras algunas hojas de tus hierbas.
Caigan sobre la frente que hoy levanta el fusil:
A la justicia! Reposición! Reposición!
Y que la raza muera antes de que otra vez se vea sometida
y que tu voz detenga los bárbaros que llegan
sembrando de bazookas nuestra tierra.
Y de este nuevo hombre que hoy se enfrenta a la vida
que responda su dura carabina:
Revolución! Reposición! Justicia!
Isla Santo Domingo...! Presente!

INDICE

Declaración de los Artistas.....	Pág. 7
Oda Gris por el Soldado Invasor	
Por René del Risco y Bermúdez.....	8
Canto a Santo Domingo Vertical	
Por Abelardo Vicioso	10
Canto de Amor a la Ciudad Herida	
Por Abelardo Vicioso	11
Canto a Jacques y a los otros	
Por Juan José Ayuso	13
Jornada de Abril	
Por Rafael Astacio Hernández	15
Ni un Paso Atrás	
Por Pedro Mir	17
Diario de Guerra	
Por Miguel Alfonseca	19
Hemos Llegado a un Punto	
Por Máximo Avilés Blonda	25
Habrá una Isla un día	
Por Pedro Caro	26
Tercera Oda a Walt Whitmann	
Por Ramón Francisco	28